

TRIBUNA

LA VANGUARDIA

EN EL PAIS VASCO

UN PROBLEMA ESPAÑOL

El llamado problema vasco no es, en realidad, sino un problema español, un problema de España. Es preciso, a mi entender, clarificar esta cuestión. Mientras mantengamos el equívoco y demos al tema un tratamiento defensivo o de simple orden público, o nos limitemos a formular declaraciones unilaterales de tipo dogmático o patriótico, la confusión se mantendrá. Yo no creo que sea conveniente callar siempre, aunque a veces la prudencia aconseje etapas de silencio en ciertas materias. Ante los tiempos que se avecinan, que son ya de mutación política y social, opinar sobre los problemas que tiene planteados la colectividad española resulta, a mi modo de ver, una exigencia para cuantos nos interesamos, responsablemente, por el porvenir hispano y por la mejor organización de su vida pública.

Las tres provincias vascas, con su millón y medio largo de habitantes, de los que un tercio cuando menos son de reciente inmigración, forman un conjunto humano de características bastante definidas. Son, en política, moderadas, en su mayoría; en religión, profunda y visceralmente católicas, con una fe vivamente arraigada en la existencia social; de talento liberal en el sentido de acentuar su innato respeto a las libertades civiles del hombre, frente a las ingerencias del poder —en eso consistía la esencia del espíritu foral—; con el secular hábito de buscar en la representatividad popular el cauce de sus aspiraciones y el de sus instituciones públicas; con un preponderante dominio de la idea de trabajo, del respeto al trabajador; de la exaltación de la empresa y del empresario, de cualquier dimensión y volumen (uno de los líderes socialistas de mayor prestigio actual en Vizcaya es dueño y gerente de un taller metalúrgico de tamaño medio en Bilbao). La población vasca es, en aplastante proporción, enemiga del extremismo. Detesta la violencia. Es partidaria del diálogo, de la mesa redonda, del intercambio de palabras y conceptos, con respeto a las opiniones ajenas.

En el país vasco ha prendido la llama del desarrollo económico, del progreso tecnológico y del ímpetu financiero, en forma espectacular en estas últimas décadas. Hay comarcas enteras de mi tierra que tienen una densidad industrial y fabril comparable al Ruhr alemán. El nivel de vida «per capita» del país vasco es, considerado en su conjunto, seguramente superior a los 2.500 dólares por habitante, la renta individual más alta de España. No soy de los que aplican a la política el sistema estricto de interpretación económica, pero sí me atrevo a decir que existe una correlación entre un clima sociológico determinado y un nivel de vida política que se de-

duce de aquél como consecuencia evidente. A un pueblo que trabaja y se desenvuelve en determinadas coordenadas de bienestar y responsabilidad, con una larga tradición, además, de régimen representativo, no se le puede tratar como materia reservada sin riesgo de que cristalice en la opinión pública un grave y profundo sentimiento de frustración, de rencor y de malestar.

Las provincias vascas conservan hasta el siglo XIX con su peculiaridad foral, un trozo de la estructura de la España antigua, conservado como rareza y como testimonio de lo que era nuestra vieja Monarquía tradicional. El paso del tiempo, las modas centralistas, la revolución francesa, el bonapartismo, fueron factores que influyeron en el gradual desmoronamiento del sistema autóctono, a lo que contribuyó la derrota sucesiva en dos guerras civiles, la de 1833-39 y la de 1871-75, del carlismo, al que había apoyado en masa la población vasca, más por instinto de defensa del foralismo amenazado y de la religión combatida que por fidelidad dinástica a la causa de los pretendientes. Sin embargo, hay que reconocer que, geográficamente, los dos príncipes, don Carlos María Isidro y don Carlos VII, fueron reyes de Vasconia y Navarra con preferencia a otras comarcas de predominio carlista y que en aquellas montañas y en aquellos valles asentaron sus ambulancias y efímeras Cortes. El precio de la lealtad mayoritaria vasca a la causa carlista fue la abolición gradual de los Fueros, que culminó en la llamada «proclama de Somorrostro». Así empezó un proceso político en cuya frustración y amargura populares hay que buscar la aparición del brote nacionalista. Los errores políticos traen aparejadas consecuencias, y muchas veces, son éstas de largo alcance. Tal fue el asimilismo impuesto por los centralistas como castigo a un pueblo entero; pienso que contrariando el sentir íntimo de don Antonio Cánovas, que como buen conocedor de nuestra historia respetaba aquella reliquia del autogobierno foral tradicional y dejó sobrevivir un remoto vestigio, más administrativo que político, en la Ley paccionada de Navarra y en los conciertos económicos fiscales, convenidos con las tres provincias.

La historia ofrece a menudo contradicciones y paradojas. No fue la menor de nuestro pasado reciente el hecho de que la tercera guerra civil, en que el carlismo en armas apoyó masivamente al bando nacional, inspirando, en buena parte, la filosofía de los vencedores, liquidada de modo implacable la última modalidad autóctona de Vizcaya y de Guipúzcoa, como pena impuesta a no se sabe bien qué supuestas infidelidades políticas, criterio que felizmente no prosperó para el resto de

las regiones españolas (salvo Cataluña, también penalizada), pues de aplicarse, hubiera significado, por ejemplo, privar a Madrid de la capitalidad del Estado por su terca resistencia mantenida hasta el último día de la trágica contienda. ¡Que a tales disparates podía llevar la inverosímil teoría de los castigos y de las recompensas!

El clima de malestar y amargura; el sambenito del vencimiento; el complejo de sentirse diferenciados desde arriba; las mil y una expresiones, poco felices, enjuiciadoras de una situación; los términos amenazantes y exterminantes; el odio indisoluble a la lengua eusquera, que equivale, en un español, a detestar a la dama de Elche o a las murallas de Numancia ¡cuántos elementos heterogéneos se han ido sumando en estos años al malentendido hasta hacerlo gigantesco! El terrorismo, enfermedad mundial de nuestro tiempo, ha prendido por desgracia en un minúsculo sector de la juventud vasca a través de indoctrinaciones de origen teutónico con su cruz gamada, su racismo y todo. Contra esa estrategia revolucionaria militar y violenta, aunque minoritaria, tiene que actuar la Ley y solamente la Ley. En ningún caso un terrorismo igual y contrario que también se reclama en ocasiones de don Adolfo Hitler y de sus doctrinas y métodos más conocidos. Ni uno, ni otro extremismo tienen cabida en la opinión del país por pertenecer a la zona tercer mundista del infradesarrollo político. Y los vascos no quieren volver a la prehistoria.

¿Sería mucho pedir que este grave problema español se examinara sin pasión, exhaustivamente, con serenidad, en vez de prescindir de su existencia? ¿Sería excesivo pensar que los ordenamientos jurídicos futuros de la administración del Estado atendieran con primordial interés a tan importantes cuestiones, como lo hicieron en tiempos de la Monarquía hombres de Estado y políticos de la talla de Silvela, Maura y Canalejas? ¿Sería demasiado solicitar del Gobierno de don Carlos Arias que auspiciara el diálogo, la mesa redonda, la comisión «ad hoc» —como lo hace el pragmatismo anglosajón— donde quiénes constituyen la inmensa mayoría moderada de los vascos expusieran su criterio, ofrecieran soluciones constructivas, tranquilizaran la opinión de su pueblo y, en definitiva, arrastraran en pos de sí un consenso popular y democrático que levantaría la moral, entre temerosa y enfrentada, de tantas gentes? ¿No sería éste el mejor camino para devolver al pueblo vasco la secular y fecunda participación que siempre tuvo en el destino histórico de España?

José M.^a de AREILZA

HOMBRES DE CIENCIA

LA OTRA CARA DE LA MEDALLA

QUE hoy vivimos, mejor o peor, pero vivimos «casi» exclusivamente de las ventajas de la «Ciencia», es cosa que nadie sabría poner en duda. Y cuando digo Ciencia me refiero a la verdadera: el área de las ciencias matemáticas y de las ciencias de la naturaleza, y poco, muy poco más. Las ciencias, en efecto, no sólo condicionan básicamente todo el «sistema de producción», sino que de ellas depende un futuro un poco más aliviado, material y, moralmente, para la sufrida humanidad. Otro asunto; y muy complejo, es el de los problemas que la situación comporta. Una cierta literatura deprimente, o depresiva, con excusas y alharacas de «humanismo», insiste en los riesgos que una determinada forma de aplicación de las ciencias puede provocar. Son riesgos obvios, desde luego: algunos, únicamente algunos. Porque otros que se denuncian no pasan de ser meros «cambios» lógicos; en las ideas y en las costumbres, cuya fatalidad y cuyo alcance no habrá manera de frenar. El aspecto más vidrioso sería, quizá, el uso que de las ciencias se hace, en una sociedad de clases, e incluso en una hipotética sociedad sin clases, cuando de por medio funcionan el negocio, la hegemonía internacional, la fabulosa estolidez administrativa, los fanatismos individuales y colectivos, y una lista larga de angustias, que todos conocemos. Lo triste del episodio, de entrada; es que, la gente, mayoritariamente hablando, aún están muy lejos de lucrarse con los virtuales —no actuales—, posibles recursos de las ciencias, al nivel en que ahora mismo están...

Cuando yo era joven, solía ser frecuente oír o leer la palabra «cientifismo», cargada con un retintín malévolo o desdeñoso, para calificar una época o una actitud animosamente esperanzada en los resultados de la Ciencia. Me temo que, en algún momento, caí en la trampa. Prefiero no acordarme de lo que fue. En todo caso, a estas alturas, el vocablo aludido apenas se encuentra en los papeles decentes. Se trataba de una actitud de reproche, y ¿cómo podría sostenerse en un mundo articulado sobre cálculos y laboratorios, sobre cantidades inmensas de chismes y mediaciones «científicas» que alimentan y distraen, mitigan el dolor o alargan la vida, proporcionan gratificaciones a los sentidos y a la inteligencia, permiten viajar por el espacio, servirse de la cibernética, escuchar un cuarteto

de Mozart durante el afeitado matinal o una entera cantata de Bach mientras toma el sol? El hecho de que estas beneficencias estén mal repartidas no quita nada a su exacta oferta de eficacia. De ahí que, a pesar de las torvas reviviscencias del eterno «irracionalismo», presuntamente izquierdoso a ratos, matriculadamente reaccionario a menudo, por no decir siempre, estemos en pleno «cientifismo», y, guste o no, cada día más, e irreversiblemente. Cualquier maquinación en sentido contrario implicaría una catástrofe: un regreso, no a las cavernas del bisabuelito paleolítico, sino a la zoología, y aún a una zoología degradada. Al fin y al cabo, nuestros antepasados de la edad de piedra constituyeron una victoria sobre el caos de una «mutación», y la perspectiva «anticientífica» sería el simple caos, total, irremediable, degenerado... Esta es la amenaza.

Lo curioso de la peripecia, sin embargo, es que, en última instancia, la fauna de los «hombres de ciencia» no es demasiado segura. Y aquí hay una opción para la «crítica humanística», que no he visto aprovechada como se merece. Al fin y al cabo, la «ciencia» —con mayúscula o con minúscula, en singular o en plural— es una acumulación objetiva de conocimientos verificados o verificables, y los «científicos» son unos individuos tremendamente anecdóticos, cuyo oficio es investigar, y a él se entregan, pero que, una vez terminada su tarea, se reintegran a la pazuata rutina de los tópicos anticientíficos. Desde el ángulo «humanístico», repito, podría ejercerse un descarnado examen del embrollo, y sacar la consecuencia —yo la veo así— de que «no»: de que los «científicos», los profesionales de las «ciencias», una vez han terminado sus tareas, acostumbra a ser tan obtusos, tan «metafísicos», como el peor de sus detractores derechistas, o como se les quiera llamar. En el fondo, lo que se debate, aunque no siempre se confiese, es el enfrentamiento entre «ciencia» y «metafísica»: entre lo que «es» y «se sabe», y un «meta» abierto a cualquier eventualidad subjetiva, donde la imaginación especulativa tiene el camino abierto. En esa pugna, los factores en juego pueden ser espléndidamente incisivos. Se resumen, con todo, en esto: la «ciencia» —o las «ciencias»— por un lado, y lo demás por el otro. Este «demás» se presta a extrañas derivaciones...

A veces, y para subrayar la radical contradicción de nuestra convivencia, se han señalado circunstancias claras, y de clara incongruencia. El horóscopo, el amuleto, el curandero, no son ninguna tontería. Y las drogas, y los gargarismos de la malopea estabulada, con sus maravillosos instrumentos electrónicos, y las pequeñas idolatrías grupusculares. Y el surrealismo: si se quiere, la poesía lírica, que, poco o mucho, siempre es «surrealista». Y el amor. ¿Hay algo más irracional que el amor? ¿O que la ira, y el regueldo, y la paciencia, y la vanidad, y el entusiasmo, e incluso la mismísima pasión de trabajar que uno descubre en tal o cual erudito, economista, narrador, o lo que caiga? Existe el peligro de las falsas ciencias: la psicología, la historia, la sociología, la economía, y múltiples disciplinas que se enseñan o no se enseñan en las Facultades del Estado. Pero es evidente que predomina, entre los mismos «científicos», la inclinación «irracional». Uno, que aspira a ser un observador cauteloso, no descarta ninguna posibilidad «razonable». Por eso, ante las declaraciones de un cosmonauta yanqui, que fluctuó en el vacío digamos «sidéreo», y a su vuelta se manifestó excitadamente religioso, acepta lo que convenga. Bien mirado, la experiencia del cosmonauta evangelista no pasa de ser una reacción de analfabeto. Pascal, el enorme Pascal, ya dijo lo mismo, sin necesidad de vehículos tan retóricamente espectaculares como los de las idas y venidas a la Luna...

Pero hay más detalles a considerar. Por ejemplo: el hombre de ciencia, de vuelta su domicilio, suele dejar de ser «hombre de ciencia», y «padre de familia», se instala generalmente en una inercia de argumentos y de comportamientos «pre-científica». Las fabulaciones metafísicas que los grandes hombres de ciencia del XIX y del XX son, en general, cómicas, y ¡ay!, malvadas... Esta nota que ahora escribo viene sugerida por una noticia menor relativa a Flammarion, el de la «Pluralidad de los mundos habitados». Ignoro cómo se valore a este fulano en las cátedras de astronomía; hoy. Fue un «santón»: un santón de la ciencia. En un librito de don Enrique Gaspar, medio-paisano mío —nacido en la ciudad de Valencia—, publicado en 1889, hallo unas estremecedoras evidencias de la inanidad «cientifista» a escala privada. No sé si Flammarion fue un astrónomo más o menos eminente.

Fue un astrónomo. En sus charlas con su amigo Gaspar, sin embargo, no tuvo el menor empacho en reconocer que, tras una sesión de espiritismo, él, Flammarion, se reconocía como la revelada reencarnación de don Alonso de Ercilla y Zúñiga, autor de un rollo rimado titulado «La Araucana». Flammarion aseguraba que el «medium» era analfabeto, y que el mismo no sabía quién era Ercilla... Sospecho que una gran parte de los «científicos» norteamericanos, por ejemplo, muy serios en su ramo, creen en brujas, arcángeles o duendes, son susceptibles de identificarse con la fantasía de la «trasmigración de las almas». Puede que tomar a Flammarion como «hombre de ciencia» sea un abuso escandaloso...

Hay motivos para concluir que en la sociedad «cientifista», «cientificada» y «cientificófila», en que nos movemos, la «ciencia», las «ciencias», no son, «ideológicamente», lo decisivo. Las «ideologías» en funciones, empezando por las que comparten los indiscutibles «hombres de ciencia», no tienen nada que ver con la «ciencia»: con las «ciencias». Descansan en premisas arcaicas, y facilitan la aflicción a través del confusioñismo reinante. Por ejemplo: la llamada «medicina», cuando se habla del aborto, de la eutanasia, de la «píldora», y de la sencillísima reclamación de disponer del propio cuerpo, para bien o para mal; la llamada «medicina», digo, desde sus plataformas oficiales, enseña la oreja, por no decir otra cosa. La «medicina» regular no plantea dificultades: hay unas vísceras, unas gónadas, unas papillas, que la «moral» nunca tuvo en cuenta, o no demasiado: ni al más aguerrido Padre de la Iglesia se le ocurrió anatematizar el páncreas. Don Gregorio Marañón nos invitó a hablar de la «endocrinología»: de las glándulas de secreción interna... Era un punto de partida. ¡Hace tantos años de eso! Los chicos de estos días se saltan a la torera esos tiquismiquis a través de sus discotecas, sus playas y su ávida juventud, naturalmente glandular. Pero, la «ciencia» está ahí: es una vigilancia «humana» y «humanística», que somos muchos en postular.

Joan FUSTER

¡ATENCIÓN!

Fábricas, despachos, locales comerciales y particulares.
INSTALACION DE AIRE ACONDICIONADO
 Facilidades de pago. Un año de garantía.
 Servicio post-venta. Instalación completa en 7 días.

Distribuidor oficial de



Comercial BOHES

Menéndez Pelayo, 57
 (Junto Travesera de Gracia)
 Teléfonos: 218 40 98 y 228 67 36
 Parking propio

JORQUERA UPIANOS

LAS MAS ACREDITADAS MARCAS
 EN EL MERCADO MUNDIAL

Las mejores condiciones
 económicas para facilitar
 su compra y la garantía
 de una completa
 asistencia técnica



EXPOSICION DE LIBRE ACCESO
 Av. Francisco Cambó (Av. Catedral), 10
 Tels. 319 60 96 - 310 69 12 - BARCELONA-3

OFERTA CRISIS
 Solo durante 20 días

¡NECESITAMOS VACIAR STOCKS, ¡¡APROVECHESE!

VITRINA 2m.
 PRECIO ESPECIAL

59.000 ptas.

COFRISA

Pº SAN JUAN, 71

Tel: 207 05 97

(Precisamos colaboradores)

